

NOTICIAS Y COMENTARIOS

PARAGUAY: UN BALANCE DE LA ERA STRONISTA

Paraguay, el pequeño país latinoamericano, no suele generalmente aparecer en las noticias. En años pasados, cuando esto ocurría era normalmente en algo relacionado con el posible paradero del médico nazi, Mengele. Sin embargo, el 3 de febrero del presente año las informaciones tenían otro contenido. Se produjo en el Paraguay un golpe de estado y el poder lo tomó el segundo hombre fuerte del país: el general Rodríguez. Los golpes de estado no constituyen excepciones en América Latina, pero en el Paraguay, bajo el gobierno dictatorial del Presidente Stroessner desde 1954, ya habían pasado a la historia. De manera que el reciente golpe de estado significó la terminación del gobierno ejercido por el Jefe de Estado de mayor permanencia en el poder en América Latina. Poco a poco, Stroessner iba convirtiéndose ya en un elemento constante dentro de la política del país: alrededor del 80% de la población nunca había experimentado otro sistema político que no fuera del gobierno de Stroessner.

Con toda seguridad, puede señalarse a la era stronista como uno de los períodos más resaltantes de la historia post-colonial del país. Después que, en 1811, el Paraguay declarase su independencia de España y despertase con ello la reacción de la Argentina, que quería anexarlo a su territorio, entre 1814 y 1840 el país fue gobernado con mano de hierro por el dictador Francia. El objetivo más importante que éste se fijara fue el mantener la recién conquistada independencia, motivo por el cual condujo un gobierno aislacionista en lo político y lo económico. Lo sucedió en el cargo Carlos Antonio López, quien gobernó hasta 1862; luego, la presidencia pasó al hijo de este último, Francisco Solano López, quien estuvo en el poder hasta 1869. Al igual que Francia, los dos López dieron bastante estabilidad política a sus gobiernos.

En 1865, el país se vio envuelto en la guerra contra la Triple Alianza, conformada por la Argentina, el Brasil y el Uruguay, y que recién terminara en 1870. Para ese entonces, el Paraguay había quedado totalmente devastado, desorientado y saqueado, y su población, de 500.000, reducida a unos 220.000.

Sin embargo, merced a la revalididad existente entre la Argentina y el Brasil, el Paraguay pudo subsistir como estado independiente. Se redactó en el país una Constitución, que lo convirtió en una democracia. Pero, dado que jamás pudo desarrollarse una tradición democrática, no resulta sorprendente que se iniciara un nuevo período histórico en el que —con toda seguridad— no siempre se contó con tiempos de paz. Entre 1890 y 1932, el país fue gobernado primero por un triunvirato y, luego, por no menos de 32 presidentes evidenciando que muy pocos lograron cumplir con el tiempo completo de su mandato. El Partido Colorado estuvo en el poder hasta 1904; luego, los liberales tomaron el poder por un lapso de tiempo más largo.

En 1932, estalló una segunda guerra en el país: fue la librada con Bolivia por la posesión del Chaco. Este conflicto terminó en 1935 con resultado favorable para el Paraguay, en el sentido en que este último país pudo incorporar una considerable parte del Chaco a su territorio. Desde entonces, los límites del país no han vuelto a cambiar. El período histórico que va de 1935 a 1954 estuvo caracterizado, entre otras cosas, por un golpe de estado (que llevó al poder a los Febreristas, de febrero de 1936 a agosto de 1937), una sangrienta guerra civil en los años 1947 y 1948 y numerosas tensiones y divisiones políticas. También dentro de los partidos existían divisiones. La rivalidad existente entre el ala moderada (democrática) y el ala extremista del Partido Colorado motivó que el general Stroessner tomara el poder en mayo de 1954, se presentara como el único candidato a la presidencia y, en agosto del mismo año, se hiciera nombrar Jefe de Estado (Pendle, 1967). Había empezado, así, una nueva etapa de la historia paraguaya.

Esta breve retrospectiva nos enseña que el Paraguay, desde su independencia hasta 1954, ha tenido una historia bastante agitada, en la que no siempre hubo tranquilidad política. Solamente en el período que llega hasta 1870 hubo una firme continuidad gubernamental, porque —de hecho— sólo tres personas gobernaron el país.

Por eso a Stroessner le pertenece el dudoso privilegio de haber sido, como representante del Partido Colorado, el hombre que gobernó al Paraguay por más tiempo que cualquier otro. Ha dado también, de esta manera, bastante tranquilidad y estabilidad políticas. En verdad, él sólo puede ser comparado con Francia, aunque con una diferencia importante: Stroessner nunca mantuvo una política de aislamiento.

Por cierto que periódicamente habían nuevas elecciones presidenciales, pero ya sea por intimidación política o por fraude en la elaboración de los resultados comiciales, Stroessner siempre pudo ganar mayoritariamente. Sólo durante los comicios se levantaban por corto tiempo el estado de sitio. Aparte de mantener el estado de excepción, ejerció también un riguroso control del país contando con el apoyo tanto de las fuerzas armadas como del Partido Colorado y sus seccionales diseminadas a todo lo largo de la nación, y manteniéndose, de esta manera, informado prácticamente de inmediato sobre todo posible brote de inquietud política en cualquier punto del territorio.

Esta contribución se concentra principalmente en el desarrollo socioeconómico del Paraguay bajo el régimen del ex-presidente Stroessner. A lo largo de su trascendente y prolongado período de gobierno tuvo durante 35 años, la posibilidad de frenar hasta donde quería los cambios desfavorables y alentar sistemáticamente los favorables. Stroessner se mostró siempre orgulloso de que su gobierno, aparte de paz y tranquilidad, fuese sinónimo de progreso y bienestar. ¿Hasta dónde es cierto esto último?

Ejemplo clásico de un país en desarrollo

La retórica con la que, el Presidente y sus seguidores, publicitaban las bonanzas del Gobierno de Stroessner se encuentra en abierta contradicción con la realidad. No se puede negar que el país ha conocido del progreso económico y que, en todas partes, se ha puesto en marcha un proceso de modernización, pero, por otro lado, el Paraguay de 1989 sigue siendo todavía un país subdesarrollado. Es posible, además, hablar de un país típicamente subdesarrollado porque responde a todas las características que se relacionan, por lo usual, con el concepto de «subdesarrollo»: economía débil, pobreza en la mayoría de la población,

contrastes socioeconómicos, rápido aumento demográfico, desigualdad espacial y todas las causas y manifestaciones que pueden considerarse como principales signos del mismo. La debilidad económica del Paraguay se expresa, entre otras cosas, en el bajo producto interno bruto per cápita, que en 1986 fue de 1.000 dólares estadounidense. El 44'3% de la población subsistía todavía en 1980 (no se cuenta con datos más recientes) de la agricultura y la explotación forestal. La industria de procesamiento primario dio empleo apenas al 14'9%, en tanto que el resto de la población económicamente activa buscó trabajo en los sectores de la construcción, de la generación de energía, del comercio y de los servicios públicos. Con todo, la agricultura aportó, en 1986, el 27% del producto interno bruto, en tanto que la industria primaria apenas el 16% y el sector de servicios tuvo a su cargo el 47% (Banco Mundial, 1988; Kleinpenning, 1984).

Se han presentado algunos cambios que, en comparación con los años 50, indican una mayor industrialización, pero esto no quiere decir todavía que el sector primario sea muy grande. En el área del comercio exterior, la importancia del sector agrícola se presenta como mucho mayor. Prácticamente, el 80% del total de las exportaciones oficiales consistente todavía en productos agrícolas, ganaderos y de explotación forestal, ubicándose entre los principales al algodón y la soja. Los productos industriales, por el contrario, casi no tienen exportación. Sin embargo, estos productos significaron en 1986 más del 66% de la importación oficial.

Por cierto que, en las últimas décadas, el Gobierno de Stroessner ha intentado llevar a cabo una política de sustitución de importaciones, pero los intentos no fueron ni sistemáticos ni exitosos. El aspecto demográfico constituye una desventaja de peso en el Paraguay: en 1950 no tenía más de 1'3 millones de habitantes y, en 1986, contaba todavía con no más de 3'8 millones, lo que viene a significar que el mercado interno se encuentra muy restringido. Esto se acentúa más si se tiene en cuenta que la gran mayoría de los paraguayos ha tenido siempre un poder adquisitivo muy bajo y que el mercado interno estuvo, durante largo tiempo, todavía más limitado debido al pobre acceso a vastas zonas del interior del país por falta de rutas apropiadas. Es, además, un hecho que el Brasil y la Argentina poseen una industria mayor y más eficiente, la que, por tanto, ha sido siempre una fuerte competencia

para las empresas que trataron de establecerse en el Paraguay. Esto ha creado permanentemente dificultades al proceso de industrialización, y más aun debido a que el Gobierno jamás ha tratado de ejecutar una política rigurosa para mantener lo más lejos posible de sus fronteras los productos de los países vecinos. El Gobierno veía ventajosa la estimulación al sector primario frente a una difícil y problemática industrialización forzosa, para la cual hacía falta, en gran medida, el capital y el conocimiento necesarios.

Esto último no quiere decir que no hubiera ningún desarrollo industrial. Se tuvo inicialmente cuidado de la constitución de algunas industrias básicas (por ejemplo, una pequeña industria de procesamiento de derivados del petróleo y un complejo siderúrgico de no muy grandes dimensiones), apareciendo también industrias para el procesamiento de productos agrícolas y la producción de productos de consumo simple. Pero de ninguna manera podemos hablar de una industrialización completa y de una estructura de producción integrada a la misma. El valor añadido del procesamiento industrial en 1985 no alcanzó más que 513 millones de dólares (España: 44.891 millones) (Banco Mundial, 1988).

También, a consecuencias de la falta de capital y de *know-how*, una gran parte de la modesta industria moderna quedó en el Paraguay en manos de empresarios extranjeros. A mediados de 1982, el 84% del total de las inversiones extranjeras procedía de la Argentina, el Brasil, los Estados Unidos y Alemania Occidental. El Gobierno siempre ha ejecutado una política liberal e, inclusive, les ha otorgado las facilidades necesarias.

Al igual que otros países en desarrollo, el Paraguay tiene también un sector terciario relativamente grande. Se pueden distinguir, asimismo, un sub-sector moderno, concentrado en su mayor parte en Asunción, y un sector más informal, el cual supera en empleos al sector moderno. El alto crecimiento natural de la población, la migración rural-urbana y las limitadas oportunidades de trabajo en la industria y en el moderno sector terciario han hecho que muchos se aboquen al comercio informal y al sector de servicios. En el centro de Asunción, principalmente, se evidencia permanentemente esto. Un hecho llamativo es también la presencia de asiáticos (especialmente coreanos). Gracias a la política liberal, éstos entraron en el país en grandes cantida-

des. Monopolizan ahora una parte importante del comercio minorista, fundamentalmente en Asunción y Ciudad Presidente Stroessner, hoy Ciudad del Este. En manos de los asiáticos quedaron, especialmente, almacenes y negocios que venden artículos de consumo suntuario (relojes, cámaras fotográficas, etc.). De esta manera, inclusive más paraguayos se han visto forzados a buscarse un medio de vida en el comercio callejero y en otras actividades informales.

Todos los sectores de la economía se encuentran caracterizados por una productividad relativamente baja. Este es el caso principalmente del sector agrario que, de un lado, de encuentra dominado por explotaciones pequeñas o muy pequeñas, dedicadas principalmente a la autosubsistencia y de un manejo tradicional, y, del otro, por explotaciones grandes o muy grandes, aprovechadas en su mayor parte de una manera extensiva o muy extensiva. La baja productividad se expresa en la gran diferencia existente entre el porcentaje poblacional que trabaja en el sector agrario y el aporte de este último al PIB. También en la industria la productividad se muestra modesta. Frecuentemente, las explotaciones pequeñas están lejos de ser modernas; por otra parte, en la mayoría de los sectores industriales las empresas trabajaban, a principios de los años 80, apenas del 70 al 90% de su capacidad, entre otras cosas, como consecuencia de la restricción del mercado. Pero la más baja productividad se encuentra en el extendido sector informal.

En relación con la segunda característica del subdesarrollo —la pobreza en grandes capas de la población— no hay tantos datos recientes verificados. Tal pobreza está presente en todas partes. En las ciudades (principalmente, Asunción), se puede ver un gran comercio callejero, muchos lustrabotas, un importante número de adultos y niños ganándose el pan con el lavado de vehículos, gente que se dedica a hurgar en basureros y que se procura el sustento con otros menesteres marginales. En el campo se encuentran los míseros ranchos que no proveen de un ingreso familiar suficiente y los campesinos sin tierras que tienen que vivir de trabajos temporales. La bastante chica capital, Asunción, no tiene los inmensos asentamientos marginales que se evidencian característicamente en otras capitales latinoamericanas, aun cuando los mismos existan en las zonas rurales circundantes de la ciudad (Zoomers, 1988a). Fuera de ésta, se encuentra localizada una numerosa clase económicamente marginal que, dentro del entorno urbano, busca ya sea

complementar sus magros ingresos locales —o ya sea, por lo menos, obtener alguno— en trabajos del servicio doméstico, de la construcción, etcétera.

De acuerdo con una investigación llevada a cabo en 1980 (Miranda, 1982), el 67'5% de las familias paraguayas podía ser considerado como pobre, aplicándose dicha categoría al 79'5% de las familias rurales. Desde entonces, la economía paraguaya empeoró bastante, lo que —entre otras cosas— puede verse en la creciente deuda externa (1986: 1.900 millones de dólares) y en el lento crecimiento del PIB (1980-86: 1'1% anual) (Banco Mundial, 1988). Como consecuencia, lo único que ocurrió fue que aumentara aun más la pobreza. A muchos, inclusive, se les hace cada vez más difícil satisfacer las necesidades elementales de la vida. Solamente una pequeña élite, que tampoco falta en este país en desarrollo, no se ha visto obligada a ajustarse el citado.

Uno de los síntomas de esa pobreza es el alto índice de nacimientos. Combinado éste con una declinante tasa de mortalidad, el Paraguay tuvo —en consecuencia— un crecimiento natural del 3'2% anual durante el período 1980-86.

El subdesarrollo se manifiesta, además, en una desigualdad bastante sorprendente en términos de espacio. El área económica y demográfica nuclear es la constituida por Asunción y sus alrededores; recién en los últimos años, la región fronteriza oriental (con Ciudad Presidente Stroessner como punto principal) ha conocido tal crecimiento económico y demográfico que empieza a entrar en competencia con el antiguo «centro». Hasta mediados de los años 60, fue una periferia con muy poca población y desarrollo. Vastas zonas del país cuentan todavía con escasa población y son explotadas de forma extensiva, teniendo como consecuencia el que sus infraestructuras sigan siendo inadecuadas. El Chaco, un área con una superficie de 246.925 Km² no tenía en 1982 más de 83. 000 habitantes (2'7% de la población nacional) y su contribución al PIB no alcanzaba siquiera al 5%. Hoy día, acusa el mayor carácter periférico del país (Kleinpenning, 1984).

Aspectos de la política de desarrollo regional

Hasta ahora no se ha dado un impulso tan marcado, sistemático y decidido, a la industria. De hecho, una gran parte de la política de desarrollo del Gobierno de Stroessner se concentró en el campo y, de esta manera, en el sector agrario.

En 1962, no menos del 42% del total de la población vivía en los departamentos Central, Paraguari, Cordillera, Caazapá y Guairá, que —en conjunto— forman la Zona Central y que no cubren más del 5% del territorio nacional (figura 1). En esta Zona Central la densidad demográfica era, de esta manera, mucho más alta que el promedio nacional (28 habitantes por Km² frente a 4'5). No menos del 54% de las explotaciones agrícolas tenían una superficie que no alcanzaba las 5 hectáreas, sin siquiera cubrir, sin embargo, el 6% del total del área agrícola de la región. Un gran número de agricultores no poseía títulos legales de propiedad de la tierra que trabajaban. Pobre la mayoría, sin los recursos financieros necesarios y, frecuentemente, tampoco el conocimiento de una agricultura moderna: todo eso hacía que tuvieran que satisfacerse con baja producción y permanecieran, en consecuencia, pobres. La sobreexplotación había empobrecido la tierra de los minifundios. Numerosas familias se vieron obligadas a completar sus pobres ingresos agrícolas con fuentes de trabajo no agrario: trabajos temporarios y muchas otras actividades o muchos otros oficios no cualificados. Una importante superficie de la tierra de Zona Central fue monopolizada por latifundistas: las explotaciones de más de 1.000 hectáreas (0'3% del total) cubrían, en 1956, no menos del 58% de la totalidad del área agrícola de la región. Estos latifundios, normalmente, pasaron por una explotación extensiva. Casi no hace falta decir que, a consecuencia de la injusta distribución, hubo —en determinadas ocasiones— serias tensiones sociales en la región central (Kleinpenning, 1987; Zoomers, 1988b).

El área que se encuentra fuera de la Zona Central tenía, hasta la década de los 60, una pésima infraestructura. La densidad demográfica era muy baja, casi toda la tierra se encontraba en manos de latifundistas particulares y del Estado y, donde hubo explotación agraria, se la practicó en forma extensiva (entre otras, explotación forestal y ganadería).

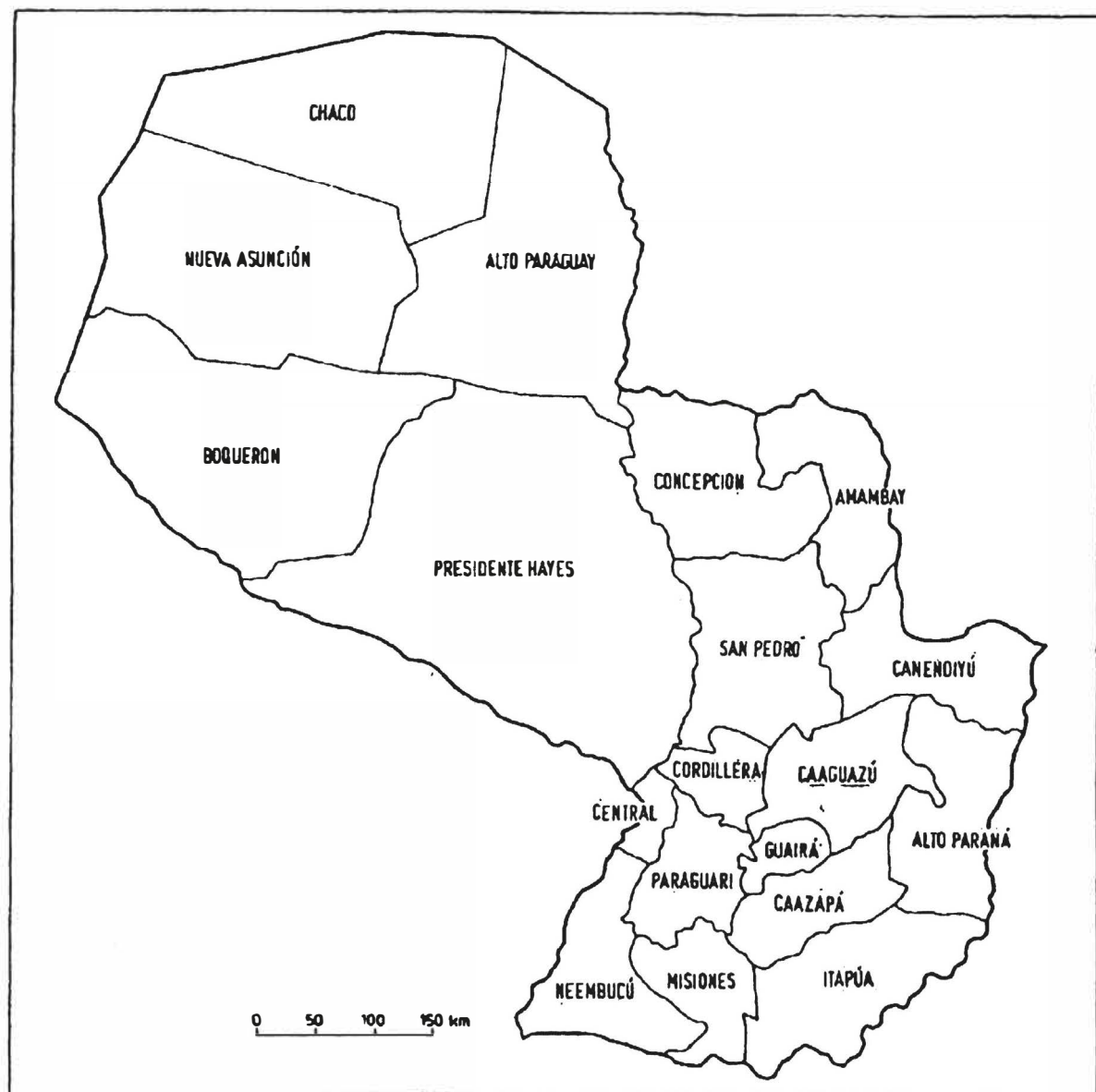


FIGURA 1.—*División en departamentos*

No sólo por baja productividad de la Zona Central, sino también —y, sobre todo, principalmente— a consecuencia de la explotación extensiva de las tierras restantes, una gran parte del potencial agrícola pasó por una grave subexplotación.

La política del Gobierno de Stroessner se concentró en cambiar esta situación. Esa fue la razón por la que, en 1963, se redactara un nuevo Estatuto Agrario y se creara el Instituto de Bienestar Rural. A pesar de que la reforma agraria figuraba entre los objetivos, el Gobierno nunca expropió tierras en gran escala para repartirlas entre pequeños propietarios y campesinos sin propiedades. Nunca hubo tampoco una política que diera lugar a una gran intensificación en la explotación de las tierras agrícolas ya en uso. Desde los años 60, se ha promovido un proceso de mayor migración interna, principalmente hacia las regiones que quedan al Este de la Zona Central. Con el fin de posibilitar, o —al menos— facilitar, la migración hacia dichas regiones, se construyeron en los años 60 algunas vías de acceso hacia San Pedro, Concepción, Pedro Juan Caballero, Puerto Presidente Stroessner (llamado después Ciudad Presidente Stroessner) y Encarnación. El Chaco, a través de la construcción de la Ruta Trans-Chaco, ya tenía en los años 50 un mejor acceso.

Que el Gobierno de Stroessner diese prioridad a una mayor colonización no resulta del todo incomprensible. Elevar el nivel de vida de la Zona Central habría sido posible sólo si, a minifundistas y campesinos sin propiedades, se les hubiese hecho una repartición de tierras en gran escala y si a las explotaciones de volumen se les hubiese ofrecido todo el apoyo necesario para iniciar un cultivo mucho más intensivo de la tierra. Lo primero habría hecho necesaria la expropiación, yendo en contra de los intereses de quienes constituían un importante apoyo para el régimen de Stroessner: los latifundistas. Lo segundo habría significado que el Gobierno tuviese que crear una formación agraria y aumentar, además, el nivel de alfabetización de los campesinos, promover insumos agrícolas de bajo costo, crear suficientes mercados atractivos para los productos y, también, muchas otras circunstancias más para hacer tanto posible como deseable un profundo cambio en el manejo de las granjas. Teniendo en cuenta el grado de desarrollo en que se encontraba el país, constituía una tarea lejos de ser sencilla.

Una mayor colonización parecía una alternativa más interesante.

Disminuiría la presión demográfica sobre la Zona Central, las tierras disponibles podrían pasar a manos de los que decidieran quedarse y se reducirían las tensiones sociales sin tener que dañar la posición de los latifundistas. La migración hacia el este frenaría, además, la producida hacia la ciudad, limitando un poco más los problemas en las áreas de vivienda y empleo. Al mismo tiempo, habría una ocupación más uniforme del territorio nacional, lo que conduciría a una mejor explotación del potencial agrario, a un considerable aumento de la producción agrícola y, de esta manera, a un crecimiento de la economía. La colonización de las zonas fronterizas orientales podría impedir también que las mismas cayeran total o parcialmente en manos de colonos brasileños, un peligro que no tiene nada de imaginario ya que en el sur de Brasil la tierra virgen para explotación agraria está cada vez más escasa (Kleinpenning, 1985).

En las nuevas regiones, los agricultores tendrían la oportunidad de adquirir tierras más grandes, consistente en tierra nueva y fértil, lo que daría la posibilidad de acceder a un mayor bienestar (Kleinpenning, 1987; Zoomers, 1988b).

Los efectos de la política rural han quedado bastante a la zaga de las expectativas. Debe admitirse que, entre 1956 y 1981, se establecieron alrededor de 100.000 nuevas granjas, la superficie cultivada se expandió de 691.000 a 1'9 millones de hectáreas y el índice de la producción agrícola total subió de 100 en 1969/71 a 153 en 1980. La producción de soja y algodón, principalmente, aumentó de manera espectacular, en tanto que la producción de maderas, a consecuencia de las grandes explotaciones de tierras vírgenes, conoció también un crecimiento impresionante. La población, ahora, está menos irregularmente distribuida a lo largo del territorio nacional, lo que se demuestra por el hecho de que, en 1982, en la Zona Central vivía solamente el 38% de la población paraguaya y la parte de los seis departamentos de colonización (San Pedro, Amambay, Canendiyú, Caaguazú, Alto Paraná e Itapúa) había aumentado del 23% en 1962 al 36% en 1982. Debido a dicha migración hacia los departamentos orientales, la capital ha tenido un crecimiento más lento, de tal forma que la Gran Asunción cuenta hoy en día con no más que alrededor de un millón de habitantes. De aquí que siga siendo todavía una de las capitales más pequeñas de América Latina (Kleinpenning y Zoomers, 1988).

Por cierto, los problemas de la Zona Central no han desaparecido en absoluto. A consecuencia del crecimiento poblacional, y del hecho que sólo pequeños lotes quedaron disponibles, esta zona del Paraguay sigue siendo —básicamente— una zona de minifundios. La agricultura de estas pequeñas granjas presenta todavía un carácter tradicional, principalmente de autosubsistencia y es bastante extensivo, de manera que —por lo normal— no produce lo suficiente. Todavía, en nuestros días, muchas familias se ven forzadas a buscarse empleos adicionales. Hay todavía pobreza y las tensiones sociales no han desaparecido. Pero casi no se han manifestado, porque la migración eliminó la presión más intensa y ha habido un control efectivo (Zoomers, 1988b).

Los agricultores no han contado con suficiente apoyo en las áreas orientales de colonización. Ese es el motivo por el que la mayoría apenas pudo cultivar una superficie limitada. Además, la agricultura en muchas granjas de colonos es todavía tradicional. Por falta de ingresos, no se ha podido —en muchos casos— terminar de pagar la tierra y, aquí también, muchos agricultores carecen de títulos. Ciertos colonos no han podido seguir adelante y han tenido que abandonar sus tierras, ya sea voluntaria o forzosamente. Aparte de que el Gobierno paraguayo no ha podido brindar ayuda adecuada a sus propios colonos, tampoco supo adoptar medidas apropiadas para impedir que un gran número de brasileños se establecieran en la zona fronteriza oriental. De acuerdo con determinadas fuentes, se trataba, a principios de los años 80, de aproximadamente 200.000 personas. Por lo general, los brasileños contaban con más capital y podían, relativamente rápido, convertirse en propietarios, lo que los ponía en situación de aprovechar, más que los colonos paraguayos, de las facilidades crediticias ofrecidas por el Banco Nacional de Fomento (paraguayo) y por bancos brasileños. Aparte de eso, el simple hecho de que hayan empezado a producir en una parte del espacio agrícola crea un clima de competencia entre colonos brasileños y paraguayos (Van Buul, 1985).

Muchos paraguayos se han establecido espontáneamente como colonos, no sólo en tierras fiscales, sino también en latifundios privados, cuyos dueños no siempre toleran la presencia de ocupantes. Aparte de un gran número de éstos, penetraron también al área muchos especuladores de tierras y, atraídas por los bajos precios de la tierra y las favorables condiciones para la producción agrícola, aparecieron

empresas agrocomerciales. Estos hechos aclaran por qué en los departamentos orientales, una variación de conflictos de tierras y mala distribución de la propiedad se han convertido en hechos normales.

Enormes áreas de monte han desaparecido debido a los inmensos cultivos de zonas vírgenes. En muchos casos, se aprovechan solamente las maderas más valiosas; el resto, en su mayoría, es consumido por el fuego. Existe el peligro de que, dentro de poco tiempo, todas las reservas de bosques de los departamentos orientales hayan desaparecido. Por métodos irracionales de cultivo, en algunas zonas ya existen graves formas de degradación ambiental (erosión). Debido a que la mayor parte del monte ha desaparecido, y a que casi toda la tierra fiscal ha pasado a manos privadas, el modo de vida tradicional de los indios que todavía existen en la región se ve cada día más amenazado.

El régimen de Stroessner no ha conseguido llevar a cabo una política de desarrollo rural verdaderamente existosa. La colonización del Paraguay Oriental condujo a una expansión geográfica de todos estos aspectos del subdesarrollo rural que caracterizaron, en los años 50 y principios de los 60, a las «viejas» áreas agrícolas del Paraguay Central.

En el Chaco, tampoco hubo un desarrollo favorable. Por la naturaleza climática semi-árida de la región, y por su relativa favorabilidad para la agricultura, no hubo una migración importante de colonos hacia este lugar. El Gobierno de Stroessner ha repartido tierras en gran escala, bajo la forma de terrenos de miles de hectáreas para la ganadería extensiva. Muchas veces, la tierra pasa a manos privadas por precios simbólicos. También mucha gente de la ciudad (por ejemplo, generales del Ejército) han conseguido tierras; inclusive, al prófugo dictador nicaragüense —Somoza— se le otorgó un terreno de 8.000 hectáreas. El latifundismo, ya muy difundido en la región, sólo salió aun más fortalecido (Kleinpenning, 1987).

No solamente la colonización y la producción agraria en los departamentos orientales fueron estimuladas; también, de alguna manera diferente, se apoyó al desarrollo. Entre Encarnación, Ciudad Presidente Stroessner y Pedro Juan Caballero fueron construidas ciudades modernas; por supuesto, también ramales de acceso. Dado que Ciudad Presidente Stroessner fue el núcleo de apoyo más importante de la zona fronteriza oriental, la ciudad creció rápidamente, lo que hizo necesario

un aumento de los servicios. Tanto que se decidió dotar a la ciudad de un aeropuerto internacional.

Aparte de la colonización agraria, el crecimiento se debe principalmente a otra fuente de desarrollo muy importante: el aprovechamiento del inmenso potencial hidro-eléctrico de la región. En 1973, el Brasil y el Paraguay acordaron construir, no lejos de Ciudad Presidente Stroessner, una gigantesca usina hidro-eléctrica sobre el río Paraná. La represa Itaipú ya está terminada y gran parte de la usina ya se encuentra en uso. La represa tendrá una capacidad total de 12.600 megavatios, lo que significa que Itaipú es la mayor usina del mundo.

La construcción de la represa de Itaipú ha empleado durante años a decenas de miles de brasileños y paraguayos y ha generado una importante dinámica económica a través de la provisión de muchos materiales y la inversión en el consumo local: entre tanto, la fuente de trabajo del proyecto casi concluido ha disminuido enormemente, con todas sus consecuencias negativas (como el aumento de las ocupaciones ilegales de tierras). Aguas abajo, cerca de Yacyretá, se ha dado inicio a la construcción de una segunda represa, en colaboración con los argentinos. Pero esta represa —más chica— genera menos empleo que Itaipú, y aquí también, por supuesto, la fuente de trabajo es nada más temporaria. No son muchas, hasta el momento, las empresas que se han establecido en el Paraguay con miras a aprovechar la electricidad, de manera que la energía generada por Itaipú sirve —en su mayor parte— para el abastecimiento del Brasil, que ha pagado un substancial porcentaje de los costos (Kleinpenning, 1984).

Se ha logrado dinámica; bienestar, todavía no

En el período que va hasta 1989, hubo verdaderamente mayor actividad económica. Los años 70 estuvieron caracterizados por un crecimiento económico de importancia; luego, la economía se ha deteriorado bastante. La dinámica no se circunscribió a la región fronteriza oriental; también Asunción la disfrutó. Con las nuevas construcciones en el centro de ésta, edificios altos en su mayoría, la ciudad adquirió un aspecto un poco más moderno.

Sólo un pequeño porcentaje de la población paraguaya ha disfrutado

del crecimiento económico. De hecho, la política del Gobierno de Stroessner nunca tuvo serias intenciones en cuanto al aumento en el bienestar de la masa de la población. El fin más importante fue el progresivo incremento del PIB y el mantenimiento de la estabilidad política. Muy poco, o en absoluto, se tuvo en cuenta los intereses de la masa económicamente marginal, tanto urbana como rural. Esto se evidencia en cosas tales como: los escasos intentos de proteger en lo posible el tradicional modo de vida indígena, los fracasados o pésimos servicios médicos y educacionales del campo, la inadecuada y limitada orientación ofrecida a los colonos, el pobre apoyo brindado a los agricultores de las antiguas zonas agrícolas, la no ejecución de una reforma agraria seria y la negligencia en el problema de la vivienda dentro del área urbana. En vez de tratar que los paraguayos obtuviesen todas las oportunidades de mejorar su bienestar, el Gobierno dio preferencia a las facilidades ofrecidas a extranjeros, con la esperanza que éstos favorecieran un crecimiento económico más rápido: extranjeros inversionistas, asiáticos con intenciones de establecerse como clase media y colonos brasileños.

Sistemáticamente se cuidó de los intereses de la élite política y económica. Siempre se ha protegido al reducido sector de los latifundistas. Un pequeño grupo, asimismo, se aprovechó de las transacciones de tierras que se realizaban en el rubro de las actividades de colonización, de las ventajas obtenidas legal o ilegalmente con la construcción de la represa de Itaipú y de la especulación con la tierras en la zona urbana de la capital. Se sabe, además, que militares de alto rango, aparte del comercio con tierras y de la apropiación de las mismas por la fuerza, hicieron una inmensa fortuna con el contrabando de autos robados, drogas y artículos de consumo suntuario, tales como el whisky.

Con todo esto no se trata de sugerir que, en la época anterior al régimen de Stroessner, las cosas fuesen realmente diferentes. Desde el inicio del período colonial, el Paraguay estuvo dominado permanentemente por una élite política y económica, que —antes de interesarse en las necesidades del grueso de la población— demostró interés más bien en satisfacer las suyas propias. El tiempo dirá si, con el golpe de Rodríguez, han comenzado tiempos mejores. Basándonos en extrapolaciones históricas, sería prudente no cifrar de inmediato demasiadas esperanzas.

Como referencias fundamentales se pueden indicar las obras siguientes: BANCO MUNDIAL (1988), *World Bank Development Report 1988*, Oxford. F. VAN BUUL (1985), *De Paraguayaanse landbouwkolonisatie*, Nijmegen, 184 pp. *De agrarische structuur van het departement Alto Paraná in Paraguay*, deel 1 (tesis doctoral inédita). J. M. G. KLEINPENNING (1984), *Paraguay*, Zutphen, *Landendocumentatie Koninklijk Instituut voor de Tropen*, 1984, 5. ID. (1985), «De gespannen relatie tussen migratiemotieven en overheidsdoelstellingen. Voorbeelden uit Brazilië en Paraguay», en *Internationale Spectator*, junio, pp. 331-339. ID. (1987), *Man and Land in Paraguay*, Dordrecht/Providence R. I., 267 pp. CEDLA *Latin America Studies*, 41. J. M. G. KLEINPENNING y E. B. ZOOMERS (1988), «Internal Colonisation as a Policy Instruments for Changing a Country's Rural System: the Example of Paraguay», en *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 79, n. 4, pp. 257-265. A. MIRANDA (1982), *Desarrollo y pobreza en Paraguay*, Asunción. G. PENDLE (1967), *Paraguay. A Riverside Nation*, Londres. E. B. ZOOMERS (1988a), The Hidden Slums of Asunción, en J. Bähr (comp.), *Wohnen in latinamerikanischen Städten*, pp. 17-35, Kiel, *Kieler Geographische Schriften*, vol. 68. ID. (1988b), *Rural Development and Survival Strategies in Central Paraguay. The Policy of Agricultural Colonization as an Instrument for Alleviating the Situation of the Rural Poor*, Dordrecht/Providence R. I., 231 pp. *CEDLA Latin America Studies*, 46.

J. M. G. KLEINPENNING

El Dr. J. M. G. Kleinpenning es profesor de Geografía Social de países subdesarrollados en la Universidad Católica de Nijmegen, Holanda. Traductor: Leopold Mertens.